

NOS
IMPULSA



Primera edición mayo de 2023

© Jesús Duva

© Prólogo, Manuela Carmena

© de esta edición, Editorial Páramo

www.editorialparamo.com

editorialparamo@gmail.com / 646346731

Coordinación: Javier Campelo Bermejo

Ilustración de cubierta: *Kuoleman puutarha* ('El jardín de la muerte'), del pintor finlandés Hugo Simberg, 1896. Ateneum, Helsinki.

ISBN: 978-84-127053-1-7

Núm. DL: VA 341-2023

Impreso en España – Printed in Spain

Impreso en Cimapress

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EL CRIMEN DE LA NIÑA MELCHORA

Jesús Duva

editorial
PÁRAMO



PRÓLOGO

Este libro que estás a punto de empezar a leer está escrito maravillosamente por un periodista estupendo. Jesús Duva, a quien conozco bien porque fue uno de mis asesores en el Ayuntamiento de Madrid, sabe contar como nadie historias de crímenes y, lo que es mucho más difícil, sabe también narrar cómo transcurre un juicio penal.

El acontecimiento, el suceso y el juicio del llamado crimen del pueblo vallisoletano de Cigales, a principios del siglo XX es escalofriante. Eso es lo que se cuenta en este libro.

Lo que ocurre, y eso lo tengo que decir, es que a mí no me gustan los libros sobre crímenes y les confieso que no habría leído este libro si no lo hubiera escrito Jesús Duva. Con esto no quiero en modo alguno desanimarles a su lectura. Seguramente este rechazo mío por toda la literatura policíaca se deba a que, siendo juez, he tenido que instruir y juzgar crímenes auténticos. Cuanto mejor es esa literatura comprenderán que siento más rechazo, lo que quiere decir que este es un muy buen libro en su género.

Le pregunté a su autor por qué había escrito un libro tan sombrío e inquietante. Jesús me dijo —creo que lo tienen que saber ustedes, futuros lectores— que el motivo por el que le había interesado de forma extraordinaria este suceso y su juicio fue porque estaba convencido de que los principales sospechosos eran inocentes y todo lo que aconteció a raíz de la desaparición de la niña fue una barbaridad.

“¿No piensas tú lo mismo, Manuela?”, me preguntó Jesús. “¿No crees tú que es evidente que Miguel Velasco y Juliana Velasco no eran los autores del crimen de la niña Melchora?”.

No sé qué decirte, Jesús. Aunque la crónica del juicio está escrita con gran precisión y rigor técnico, no puedo en modo alguno adelantarte mi veredicto ahora ni tampoco más tarde.

Juzgar es algo muy profundo. Juzgar no es solo leer actas y resúmenes de testimonios. Juzgar es sobre todo escuchar y ver. Empaparse de las voces de unos y de otros, seguir las miradas de unos y de otros, dejar que nuestras manos repasen una y otra vez las llamadas “piezas de convicción”.

No, no es posible juzgar por una crónica.

No sé qué pudo pasar durante esos aciagos días de agosto de 1905 en el pueblo castellano de Cigales, bajo el rigor del sol abrasador, con sus vides carcomidas por la filoxera y con el cruel analfabetismo al que la sociedad de entonces condenaba a sus moradores.

No, no sé lo que pasó pero lo que sí sé es que cuando leí la última página de este libro no podía dejar de pensar en Melchorcita, la niña muerta, chiquitilla, delgaducha, con poca salud y sin madre. Pobrecita ella con su tristeza y con sus acreditados cardenales en su cuerpo pequeño.

¡Qué pena de aquella niña! Qué pena de aquella España con miseria e incultura, pero con la brutal arrogancia de decidir sobre la vida y la muerte. Con la terrible arrogancia del siempre torpe garrote vil.

Manuela Carmena,
magistrada y ex alcaldesa de Madrid

UN LAZO Y UNA DESAPARICIÓN MISTERIOSA

Las dos imponentes torres cuadradas, rematadas con sendas linternas, se alzan desafiantes en la planicie castellana de Cigales como dos vigías pétreos y adustos desde el siglo XVIII, rematando el mazacote de la iglesia de Santiago Matamoros. El sólido conjunto arquitectónico se acabó de edificar al cabo de dos centurias de su gestación gracias al oro enviado desde ultramar por un ilustre hijo del pueblo: el dominico fray Antonio Alcalde y Barriga, que llegó a ser obispo de Guadalajara, en el reino de Nueva Galicia.

En 1905, Cigales conservaba muy poco de su antiguo esplendor. En otros tiempos llegó a ser escenario de grandes hechos históricos y cuna de importantes personajes. En esta villa, situada en una colina de las últimas estribaciones de los montes Torozos, lugar solariego de la merindad de Campos y Real Sitio mientras la Corte residió en Valladolid, fue donde se reunieron el infante don Juan Manuel y Juan *el Tuerto* para luchar contra los tutores del rey Alfonso XI el Justiciero. Este mismo lugar fue escenario de la reconciliación de Pedro I el Cruel con sus hermanos bastardos Tello y Enrique allá por el siglo XIV.

En Cigales fue donde nació el 1 de noviembre de 1549 doña Ana de Austria, cuarta esposa de su tío Felipe II, y donde murió la reina viuda de Hungría, doña María, hermana del emperador Carlos V. Muchos años más tarde, allí fue también donde estableció su cuartel general José Bonaparte, quien pasó a la historia con el apodo de *Pepe Botella*, durante la invasión de España por las tropas francesas de su hermano Napoleón a comienzos de 1808.

La importancia que Cigales tuvo en los siglos XIII, XIV, XV y XVI era posiblemente algo que ignoraba por completo la mayor parte de los dos mil habitantes que el pueblo tenía a principios del XX. El noventa por ciento de ellos eran pobres

jornaleros dedicados al cultivo de los cereales y de los afamados viñedos y solo media docena de familias eran propietarias de tierras, y daban empleo como muleros o braceros a los menos afortunados. En el campo, estos únicamente tenían trabajo unos doscientos días al año y ganaba entre dos y tres pesetas por jornada.

El siglo XX había empezado en Cigales —y en toda España— con un sentimiento colectivo de pesimismo y frustración debido en buena parte al llamado *Desastre de 1898*: el desmoronamiento del antiguo imperio con la pérdida de las últimas colonias de ultramar (Cuba, Puerto Rico y Filipinas). La inesperada muerte del rey Alfonso XII, el 25 de noviembre de 1885, había provocado una crisis institucional, que se solventó provisionalmente con la regencia de su esposa María Cristina. Pero tuvieron que pasar más de tres lustros hasta que su hijo Alfonso XIII asumiera el poder en junio de 1902, al alcanzar la mayoría de edad al cumplir los 16 años.

En 1905, las cosas habían venido mal dadas para todos, incluyendo a don Valeriano Malfaz, don Francisco Díez Quijada y don Manuel Quijada Alcalde —tres de los más potentados cigaleños— por culpa de la filoxera, que había esquilado miles y miles de lanzadas de viñedo, como podía apreciarse fácilmente echando un vistazo desde alguno de los promontorios que dominaban el pueblo, cuajado de bodegas excavadas en la tierra caliza. Y la plaga de este insecto significaba un grave quebranto, si no la ruina, para la economía de unas gentes cuya principal fuente de ingresos era la comercialización de sus excelentes vinos de tipo clarete.

A pesar de que la hacienda general era poco boyante, los vecinos se aprestaban ya a celebrar las fiestas que anualmente tenían lugar en honor de Santa Marina, virgen y mártir del siglo II. El 18 de julio, día de la fiesta grande, estaba muy próximo. Las conversaciones de todos giraban en torno a los actos previstos por la Corporación municipal, entre los que habitualmente

ocupaban un lugar preferente la misa y la procesión, junto con las capeas de vaquillas y los bailes populares.

Aunque el excelentísimo gobernador civil de la provincia de Valladolid no se mostraba muy partidario de los festejos de reses bravas, parecía que en esta ocasión no habría demasiados problemas con la autoridad. O, al menos, ya estaban elegidos los carros que iban a servir para formar la improvisada plaza de toros: la vara de uno se colocaría en el piso del contiguo, y de esta forma, atados entre sí los unos con los otros mediante gruesas cuerdas, formarían una barrera desde la que era posible presenciar el espectáculo o bien citar al astado tras las ruedas. Los jóvenes más osados podrían hacer gala de su valentía corriendo entre los cuernos de las reses para deslumbrar a las mozas casaderas.

Sin embargo iba a suceder algo que enturbiaría la natural alegría con que los de Cigales estaban dispuestos a vivir aquellos días del caluroso verano castellano. Ocurrió dos fechas antes del inicio de las fiestas, es decir, el 16 de julio.

A finales de la mañana de ese día se revolucionó todo el pueblo al conocer la desaparición de la niña Melchora Velasco Vaca, de seis años, sin que nadie fuera capaz de dar con la menor pista sobre su paradero. Se habían cruzado con ella muchas mujeres por la calle, pero a la hora de la comida se había esfumado como por arte de magia. El padre de la chiquilla, el bracero Miguel Velasco, había requerido al pregonero para que voceara por todos los rincones la triste e inquietante noticia y este, después de hacer sonar su estridente trompetilla, había convocado en cada esquina de la villa a cuantos querían oírle. De esta forma, al cabo de un rato no hubo otro asunto de conversación entre las dos mil almas que allí residían.

—¿Te has enterado de lo de Melchorita, la chica del Miguel?

—Claro que me he enterado. ¿Pero cómo es posible? Si yo la vi esta mañana cuando fue a la tahona de la Leonarda a buscar el pan...

—Sí, eso han comentado. Dicen que esa ha sido la última vez que se la vio. ¡Vaya disgusto que tendrán la Juliana y el Miguel!

Y luego, aquellos que tenían mejor memoria recordaban que cinco años atrás había ocurrido algo muy parecido, en la misma fecha y casi a la misma hora. ¡Casualidades de la vida! En aquella ocasión, otra niña llamada Francisca Simón Sainz desapareció del pueblo y durante horas nadie supo dónde se había metido. No obstante, al día siguiente fue localizada en un paraje cercano gracias a las batidas llevadas a cabo por grupos de hombres ayudados por la Guardia Civil. Posiblemente ahora pasaría lo mismo con la Melchora, según pensaban las vecinas de Juliana Velasco, la madrastra de la niña, con la que Miguel había casado unos cuatro años atrás.

Juliana Velasco Díez, conocida por el común por el poco imaginativo apodo de *la Tuerta*, debido a la falta de un ojo, repitió una y mil veces la misma historia a cuantos quisieron oírlo y a los que acudían a su casa de la calle de Santa María para cotillear o interesarse por los detalles del suceso.

—A las ocho de la mañana la mandé a comprar dos hogazas de pan a la tahona de la Leonarda. Volvió un buen rato después y me dijo que todavía no estaba hecho el pan. No sé qué haría durante tanto tiempo... Porque eran casi las once cuando vino a contar esto. Me puse a peinarla y noté que le faltaba una cinta que la había puesto en el pelo y, claro, al preguntarla qué había hecho con ella, me dijo que se la había quitado Teodomiro, el niño de la Ciriaca. ¡Ya sabéis lo picotera y descarada que es Melchorita...! La mandé a buscar la cinta y la última vez que la vi estaba jugando con unos chicos en la plaza. ¡Ay, Dios mío, qué desgracia! —gimoteó Juliana, que no era mujer dada a las sensiblerías y que tenía cierta fama de marimacho.

—Mi chico me ha dicho que estuvo con tu niña y que la quitó la cinta para reírse de ella. ¡Cosas de críos...! —respondió Ciriaca Cid Caballero tratando de restar importancia al hecho

de que su hijo pudiera ser en parte el causante de la misteriosa desaparición de la pequeña.

El sol seguía cayendo como plomo derretido, abrasando las casas y los campos. Fueron pasando las horas y Melchora no apareció por ningún lado. Como si se la hubiera tragado la tierra. Esto era algo inexplicable para un sitio donde había escasos secretos y donde hasta las cosas más íntimas tardaban poco en convertirse en algo de dominio público. ¿Cómo es posible que una niña recorra todas las calles sin tropezar con nadie? ¿No era inconcebible que no la viera ninguno de los integrantes de las cuadrillas que trabajaban en los campos próximos al pueblo, en el caso de que la Melchora hubiera decidido hacer alguna travesura fuera de las miradas de su madrastra? Nada de eso entraba en la lógica de los lugareños.

Miguel Velasco, acompañado de sus hijos Lorenzo, de catorce años, y Raimundo, de trece, buscaron a Melchora con la ayuda de los muleros y los jornaleros con los que aquel llevaba compartidas tantas horas de trabajo. Otros grupos de vecinos, acompañados de galgos y perros perdigueros acostumbrados a olfatear las piezas de caza, rastrearon por todo el término de Cigales. La Guardia Civil movilizó a todos los hombres que tenía disponibles en la demarcación. Todo fue inútil. Ni siquiera se encontró un zapato. O un trozo de tela. O algo que sirviera para intuir qué diablos le había ocurrido. Nada.

Por fin llegó el esperado 18 de julio, fiesta de Santa Marina. En el aire se respiraba alegría y excitación, sobre todo al saberse que ya estaban en los corrales las vaquillas que habían sido traídas campo a través por un grupo de caballistas a los que esperaban los hombres más audaces en las mismas puertas de Cigales.

Por la tarde, bajo una implacable solanera, las carreras, los sustos y los revolcones divertieron a los que desde los carros presenciaban la capea, en medio de una nube de polvo y con la garganta reseca. Cuando terminó el festejo, unos se fueron a tomar los consabidos chatos de vino de la tierra y los más jóvenes

se encaminaron a la verbena de La Glorieta, un descampado vallado con árboles, donde se podía bailar al compás de la aguda dulzaina. O bien a cualquiera de los dos o tres locales cerrados donde por cinco céntimos también era posible tomar un refresco de agua con azucarillos. Otros más decidieron organizar una suculenta merienda, compuesta de conejo, chorizo y vino, en alguna de las cincuenta bodegas excavadas en las entrañas de la tierra, en las afueras del pueblo.

Miguel Velasco Pastor, de cuarenta y dos años, no sabía ni leer ni escribir, como le ocurría a casi el 70% de los españoles adultos. Toda su vida, desde la adolescencia, la había pasado dedicado a las duras faenas del campo, igual que el resto de su familia (cuatro hermanos y una hermana). En 1899 falleció su primera mujer, Juliana Vaca Alcalde, a consecuencia de un “mal de pecho”, incierta y difusa enfermedad que no escondía bajo esa denominación otra cosa que la terrible tuberculosis. Al marcharse al otro mundo, la pobre dejó a su marido con tres hijos: Lorenzo, que entonces contaba con nueve años, Raimundo, que tenía uno menos; y Melchora, que apenas era una niña de teta, puesto que no sobrepasaba los cinco meses. Fuese porque la madre ya estaba muy enferma durante su gestación, o simplemente por los extraños caprichos de la naturaleza, el caso es que Melchora fue siempre una cría raquítica, de constitución débil y enclenque.

Dada su situación familiar, Miguel pasó unos meses sin levantar cabeza y sin saber cómo compaginar sus largas horas de obligado trabajo en el campo con los cuidados que exigían sus tres hijos, sobre todo la recién nacida. Así pues, aconsejado por su familia y obligado por la necesidad, volvió a contraer matrimonio un año después del fallecimiento de su primera esposa. La mujer elegida fue su parienta Juliana Velasco Díez, una prima suya que vivía en el cercano pueblo de Trigueros del Valle. Las respectivas madres de los contrayentes habían concertado el casorio, sin otros intermediarios. Asunto solucionado. ¿Para qué molestarse en buscar una novia en un lugar más lejano?